



¡Ay! Del Uno, Celeste González.

El presente trabajo realizado en el marco del Proyecto de Investigación “Preguntas de la clínica” de Grupo Nebrija, coordinado por Enrique Millán, desplegará el interrogante: ¿Cómo se instala el Uno en la transferencia? Y secundariamente, ¿Cómo se pasa del Dos al Uno y del Uno al Dos?

Escribe Almudena Grandes, en Castillos de Cartón: “Marcos, Jaime y yo fumábamos, bebíamos, nos reíamos, y al hacerlo, era como si estuviéramos aprendiendo a compartir algo, como si los tres aceptáramos al mismo tiempo un lazo mutuo, profundo e invisible que nos convertía al mismo tiempo en víctimas y deudores de una particular cualidad de la armonía, una sola persona con tres cuerpos, tres cabezas, tres pares de brazos y de piernas”

A partir de lo que se trasluce en el fragmento elegido, podemos empezar a pensar la instalación del Uno como una experiencia involuntaria que implica una entrega, un despojarse momentáneamente del yo y prestarse a tener un solo cuerpo con otro.

Tal como cuando el analista presta un objeto (la voz, la mirada, etc.) y con ello habilita a que el paciente pueda comenzar a asociar a partir de una irrupción del ello que detiene el discurso yoico.

Dice la regla fundamental: No piense, hable. Todo lo que usted dejaría afuera de una conversación, dígalo por más desagradable que resulte comunicarlo.

La transferencia no se trata de una conversación, aunque tenga apariencia de serlo. No hay acuerdo temático sino apertura al sin sentido. Resulta difícil decir, en transferencia, “me dijo”, “le dije”. Sería más apropiado decir “hubo dicho”. Para que pueda instalarse el Uno, el analista deja de ser “el doctor”, “el licenciado”, “el que debe decir algo importante”, o “hacer la gran intervención”, lo cual implica un alivio del peso superyoico que recae sobre la palabra, tanto del paciente como del analista. Como se puede leer en el poema de Eduardo Galeano: “Ellos son dos por error que la noche corrige”.

Escribe Fogwill, en Muchacha Punk: “En diciembre de 1978 hice el amor con una muchacha punk. Decir ‘hice el amor’ es un decir, porque el amor ya estaba hecho (...) Lo que interesa en esta historia es que la muchacha punk y yo ‘nos acostamos juntos’. Otro decir, porque todo habría sido igual sin o hubiésemos renunciado a nuestra posición bípeda, integrando eso - ¿el amor? – al hábitat de los sueños: la horizontal, la oscuridad del cuarto, la oscuridad del interior de nuestros cuerpos, eso”

No encuentra Fogwill un significante adecuado para nombrar lo que hicieron.

La película “Liza”, de Marco Ferreri, también puede ayudarnos a vislumbrar lo que conlleva la experiencia del Uno.

De un momento a otro, Liza, la protagonista, empieza a comportarse como Melampo, el perro recientemente muerto de Giorgio y él también empieza a tratarla como a su perro. Giorgio tira un palo en la playa, Liza lo va a buscar. Liza se acerca a Giorgio caminando en cuatro patas en la arena, él le acaricia la cabeza. No hay palabras, acuerdos ni explicaciones entre ellos, sino un claro pasaje del Dos al Uno, al unísono.

La esposa de Giorgio, los observa y le dice a su marido algo así como: “Ya sé lo que está pasando entre ustedes. Liza actúa como si fuera un perro y vos actuás como si fueras su amo”, a lo que Giorgio le responde: “No, no es eso”

La esposa de Giorgio, entonces, en un intento de provocar sexualmente a su marido, se pone en cuatro patas en la cama, mueve la cola y le pide que vaya, pero Giorgio sólo se limita a decirle que por favor no haga eso. Acto seguido, sale de la habitación y acaricia a Liza en la cabeza mientras duerme.

Algo inquietante se juega cuando se vive la experiencia del Uno, pero eso que inquieta también es lo que posibilita que surja un nuevo sentido.

Vale la pena aclarar que no se trata del Uno de la unificación imaginaria sino un efecto de lo Uno.

En este punto, siguiendo a Lacan, nuestra brújula en la transferencia es la tensión agresiva.

La sustracción momentánea del yo, deja al paciente librado a su palabra dando lugar a la aparición de la vida onírica, los fallidos, los lapsus y de todo aquello que, en lugar de mantener al paciente resguardado en un discurso cerrado, coherente y yoico, lo expone a la fragmentación.

Cuando se pierde el control de lo que se dice, la imagen tambalea y puede caer.

Y no sólo el paciente expone su yo frente a la fragmentación, también el analista se despersonaliza. Cada transferencia participa de lo Uno.

O como escribió Roberto Juarroz en Poesía Vertical: "Y los dos, sin saberlo, hemos visto más allá de nosotros y también sin nosotros, una luz donde ambos somos uno y no dos"